
EL PAIS QUE QUEREMOS

En sentido estricto este es el país que quiero yo. Me atreví a titular en plural estas reflexiones porque todo lo que aquí se dice nace de una experiencia comunitaria y grupal; también porque la razón de clarificarlas, precisarlas y escribirlas obedece a requerimientos de otros compañeros en procesos compartidos; y finalmente porque cada uno de los aspectos ha sido discutido en grupo y expresa también la opinión de otros.

CONSIDERACIONES METODOLOGICAS

Las reflexiones que expondremos han tratado de ceñirse a algunos principios metodológicos. Serían los siguientes: Ante todo que lo que se desea tenga que ver con lo actual. Ningún proceso histórico parte de cero. Lo que pretendemos son transformaciones para que lo bueno que tenemos en ciernes dé de sí y para que se subsane lo malo. Si no llegamos a descubrir en la situación actual (y en nosotros mismos que la configuramos) ningún aspecto positivo, ningún dinamismo humanizador, la pretensión de una Venezuela mejor sería pura retórica, mero voluntarismo carente de base sólida de sustentación.

En segundo lugar, consecuentemente con lo dicho, pretendemos que lo que digamos sea posible; o que, si no es posible hoy, sí sea hoy factible crear o ahondar una serie de actitudes que propicien aptitudes y capacidades que engendren esas posibilidades que hoy no se dan. Además es imprescindible que la propuesta global tenga coherencia interna: es decir que la consecución de unos aspectos sea compatible con la consecución de los otros.

En tercer lugar aspiramos a que el país que queremos lo queramos a causa de lo que en el fondo somos. Pretendemos una propuesta genuina, es decir que nazca de nosotros mismos. Una propuesta movida, pues, por una voluntad de autenticidad. Genuinidad y autenticidad de ningún modo equivalen a ensimismamiento; pero sí presuponen que queremos transformarnos para ser más plenamente lo que

somos en el fondo y no para dejar de ser nosotros mismos y transformarnos en otros, es decir alienarnos.

En cuarto lugar es deseable que, partiendo de la situación actual, se señale el proceso hacia lo que consideramos deseable. Si proponemos una transformación, no basta con señalar la meta; es preciso también indicar el camino para llegar por pasos a ella. De más está decir que en el poco espacio de que disponemos sólo será posible apuntar algo de lo señalado.

FORTALECIMIENTO DEL INDIVIDUO

El punto de partida es avanzar en el proceso de una fuerte individuación. Venezuela no puede ser un país de macroinstituciones poderosas que persiguen sus propios fines particulares (grupos empresariales, partidos, gremios, gobierno, fuerzas armadas, institución eclesiástica) y de sujetos débiles y aislados. Es indispensable un proceso de fortalecimiento del individuo, de sus actitudes y capacidades, de su conciencia de sí y de su dignidad; un individuo capaz de hacerse respetar y dispuesto a su vez a respetar. Personas que buscan ser auténticas y que imprimen ese sello personal en donde viven y trabajan y por donde pasan. Pero no individuos autocentrados, esclavos de su estado de ánimo o de su pasión dominante, sino personas que buscan trascender dando de sí, yendo más allá de sí mismas, religándose constructivamente.

Esto significa que tenemos que distinguir muy bien entre individuo e individualismo. El individualista acaba siendo moldeado por la cultura de masas. Y no es consciente de su gregarismo porque consume en solitario. La alternativa superadora del individualismo no es el corporativismo del que vive enfeudado a un gremio, a un partido, a una persona poderosa, a una empresa o a la propia familia. Sólo el sujeto que va adquiriendo su libertad al obedecer a la voz que resuena en su interior y al hacer justicia desde ella a la realidad, llega a superar esa existencia despersonalizada de mero elemento de conjuntos, disfrazada con

Pedro Trigo

una ilusión de autarquía. Necesitamos individuos fuertes. No han faltado en los momentos decisivos de nuestra historia. Y nos han legado su ejemplaridad; pero frecuentemente no pudieron desaguar en el río social. Tal vez su excepcionalidad provocó el resentimiento de quienes en vez de seguirlos creativamente, prefirieron no darles lugar y levantarlos luego monumentos. Y sin embargo esas personas siguen existiendo en todas las clases sociales. No podemos verlas como excepciones admirables sino como un paradigma irrecusable. Insistimos en que lo paradigmático no está en la excepcionalidad ni en la originalidad sino en la genuinidad creativa y abierta.

LO SOCIAL COMO LO PUESTO EN COMUN

Hasta ahora lo común (desde los ejidos y las instalaciones municipales hasta las oficinas públicas y los recursos del Estado) ha sido lo que por ser de todos no era de nadie, lo que nadie se sentía requerido a cuidar y fomentar, lo que estaba a disposición del que tuviera poder para cogérselo. El petróleo ha dado la pauta de lo común: unos haberes que no han salido de nadie y que por eso no tienen dueños. Por eso la privatización de lo público ha sido vista como algo normal. El Estado ha sido intervenido, primero por los caudillos y luego por los partidos y por los gremios y más solapadamente por los grandes grupos económicos, que lo han corporativizado y feudalizado.

Tenemos que transitar de esta concepción de lo común a otra derivada de poner en común cada asociado parte de sus haberes. El que respecto del producto interno bruto haya disminuido el porcentaje del petróleo está conduciendo a la desaparición del Estado y a que los problemas se resuelvan privadamente y se privatizen los bienes y servicios. Pero la insatisfacción y violencia que engendra esta institucionalización de la insolidaridad y del desconocimiento del otro puede dar lugar a vislumbrar la necesidad de constituirnos como cuerpo social con el aporte de cada uno, aporte que entraña sacri-

ficios. Hay que sembrar la idea de modo que en nuestro horizonte esté el que todos y cada uno somos los constructores y responsables de nuestra sociedad y de nuestro Estado, y que eso exige de nuestro interés y de nuestros recursos.

Para ello es también indispensable que le encontremos sentido y que lleguemos a valorar las relaciones largas, sin perder el cultivo de las comunidades vivientes. No hay posibilidad de constituir un cuerpo social mientras no lleguemos a vivir personalizadamente el ámbito de lo anónimo.

Aquí entra la constitución de un ethos de derecho por el que cada quien se sienta comprometido a cumplir con su deber y más simplemente a respetar a los demás, cuando los demás no tienen rostro conocido e independientemente de mi estado de ánimo, de la vigilancia de al-

Las asociaciones son un modo privilegiado de maduración y plenificación de los individuos y de superación del individualismo

guien que tenga poder o del beneficio o del fastidio que me pueda reportar. Sólo desde ese ethos se hará efectivo un estado de derecho; aunque también es verdad que el funcionamiento efectivo de ese estado ayuda a pasar de lo discrecional a lo justo y debido: la impunidad actual dificulta enormemente que adquiramos el sentido de la realidad. No es posible pensar que lleguen a ponerse en común otros elementos (por ejemplo económicos: los impuestos) si el desconocimiento de los otros sin rostro es tan hondo que llega a esa falta radical de respeto.

Hay que reconocer que una de las miserias del populismo consiste en haber insistido en que el pueblo reclamara sus derechos sin insistir en los correspondientes deberes. Esta desimplicación práctica del individuo respecto de lo público acarrea una profunda regresión humana

y una infantilización social. La suplencia del Estado bienhechor posibilitó vivirlas sin que las percibiéramos. Ahora las hemos descubierto casi con espanto de nosotros mismos. No estamos acostumbrados a poner nada en común. De ahí, la precariedad del cuerpo social. En este punto sí que debe ser radicalmente superado el populismo. Y sólo individuos auténticos pueden poner en común con sacrificio propio y reconocer los derechos de los demás autolimitándose.

ASOCIACIONES INTERMEDIAS

Entre los individuos y las macroinstituciones tenemos que ir construyendo una vasta red de asociaciones intermedias autogestionadas. No, enclaves de sentido (comunidades corporativizadas, cerradas y exclusivistas) sino asociaciones abiertas a quienes compartan los diversos intereses que las motivan, y en definitiva al servicio de la comunidad humana global. Estas asociaciones serían especializaciones del cuerpo social; por ellas en buena medida se articula ese cuerpo que, si no, sería amorfo o unidimensional. Son asociaciones de derecho privado; pero por su apertura originaria son en sí mismas públicas, en cuanto que tienen que ver con dimensiones culturales propias de las culturas nacionales y en cuanto pretenden echar adelante una historia y valorizar la vida compartida.

No basta con el esfuerzo organizativo que implica ajustarse para una ocasión puntual. Esos operativos se nos dan muy bien y siempre seguirán teniendo sentido. También conocemos las asociaciones ligadas a una persona que se las arregla para buscar colaboradores para los eventos que organiza. Tenemos que pasar a otras formas asociativas más complejas y estables. La piedra de toque es la autogestión y ella supone poner en común de un modo permanente recursos propios: tiempo, creatividad, capacidad de diálogo, incluso recursos económicos, propios o conseguidos por los participantes. Las asociaciones son un modo privilegiado de maduración y plenificación de los individuos y de superación del individualismo.

RECONOCIMIENTO DE LOS DE ABAJO

El cuerpo social hasta hoy no ha sido suficientemente sólido por la falta de reconocimiento de los de abajo y de sus culturas por parte de quienes diseñaron y usufructúan la actual figura histórica. La institucionalización colonial se basaba en el reconocimiento de los diversos sujetos y de su respectiva condición cultural; pero, como sociedad que era estamental y jerarquizada, valoraba distinto a cada conjunto, privilegiando a los españoles europeos y a los españoles americanos y discriminando a los blancos de orilla, a las castas, a los indígenas y a los negros. La república, englobando a todos con el título de ciudadanos, aparentemente supera la discriminación. Pero como la institucionalización vigente es la criolla, en realidad desconoce a quienes no son criollos o acriollados y enmascara esa negación. A partir de 1946 esta opresión y exclusión queda enmascarada más todavía bajo el concepto democrático de representación, que en realidad es sustitución.

La cultura occidental mundializada (representada en el país por representantes de compañías trasnacionales, por algunos grandes empresarios y un grupo de gerentes y técnicos altamente cualificados) desprecia a la cultura criolla (que se expresa sobre todo en las instituciones nacionales) y a quienes viven en ella; ambos grupos excluyen y oprimen a las culturas tradicionales populares y a los que participan de ellas (indígenas, afrocaribes, campesinos), lo mismo que a la cultura popular moderna suburbana y a quienes la están hoy creando.

Tenemos que ser muy conscientes de que el país no es viable mientras persista esta falta de reconocimiento. Por eso tenemos que transitar hacia un país que aprenda a convivir desde las diferencias aceptadas. Un país que acepte como riqueza su pluriculturalismo y la diversidad de cuerpos sociales dentro del cuerpo social que es el país y el Estado. Este reconocimiento mutuo no puede hacerse sino en el diálogo intercultural, dentro del

respeto mutuo y la apertura para recibir las riquezas humanas de los otros.

Como el punto de partida es la asimetría radical, es imprescindible la presión de los de abajo; pero no dentro del horizonte de lucha de clases y culturas sino como palabras fuertes para que el otro interlocutor social entre en razón. También son necesarios mediadores que hagan ver a los de arriba que, si es verdad que dar lugar entraña ceder del propio y ello supone sacrificios, también lo es que el punto de llegada propuesto es ganan-

Deben crearse (ya hay experiencias exitosas en marcha) figuras jurídicas que institucionalicen esta colaboración entre organismos del Estado (y privados) y gente popular organizada y es ideal que ellos funcionen en el propio terreno popular

cia para ellos como oportunidad para desarrollar potencialidades inéditas en el esfuerzo por concebir y echar a caminar una sociedad pluricultural, y como reconocimiento humano por parte de los demás como resultado de la hegemonía ganada en este proceso.

Una muestra elemental de reconocimiento es la asignación sostenida de ingentes recursos humanos y económicos en educación básica y salud popular y en vialidad rural y suburbana. Y deben ser invertidos de manera que la gente popular no sea sólo destinatario sino que se haga presente en el planeamiento, la ejecución y el control. Estos son puntos neurálgicos de encuentro y colaboración no sólo interclasista sino intercultural. Deben crearse (ya hay experiencias exitosas en marcha) figuras jurídicas que institucionalicen esta colaboración entre organismos del Estado (y privados) y gente popular organizada y es ideal que ellos funcionen en el propio terreno popular.

OCUPAR EL PAIS

Necesitamos revertir la tendencia a arrinconarnos, y volver a extendernos hasta ocupar de un modo eficiente y humanizador toda la geografía nacional. Al acabar la colonia la población estaba suficientemente diseminada, aunque una parte considerable de sus centros poblados eran de reciente fundación y estaban en pleno proceso expansivo. Para nosotros la guerra de emancipación fue un golpe terrible. Pero lo peor vino después. Primero por las incesantes revoluciones a lo largo del siglo pasado, luego por la esclavitud de la hacienda a partir sobre todo del último tercio del siglo XIX y el aislamiento del conuco, y finalmente por la aparición del petróleo y por una política de relegamiento de la agricultura y disolución del campesinado se fue abandonando el campo y fuimos amontonándonos en grandes ciudades y en el sector terciario, en gran parte clientelar y parasitario.

Se impone una discriminación positiva respecto del campo en cuanto a servicios, burocracia y vialidad, que incluya una política de acceso a la tierra y asistencia técnica. Un maestro o un médico tienen que ganar más por prestar sus servicios en lo confines, y sus respectivos centros deben estar equipados como los mejores de las metrópolis. Pero además de eso hay que acabar con tanta tierra acaparada y subutilizada, y con tanta otra en condiciones precarias de posesión. Pero sobre todo hay que lograr que el campesino (conuquero o peón) se transforme en agricultor o ganadero adecuadamente capacitado. Por su parte las Fuerzas Armadas deben estar completamente abocadas a las fronteras, garantizando la seguridad sin militarizar la sociedad. La revolución en las comunicaciones puede contribuir a romper el aislamiento del campo y ha de ser poseída por los propios campesinos.

AVIVAR LA MEMORIA

Somos un país sin densidad histórica. No, obviamente que no tengamos historia sino que vivimos de espaldas a ella.

No sólo que no sepamos qué pasó sino que no nos asumimos en continuidad histórica sino en permanente ruptura. No rompemos para transformarnos desde dentro sino para desaparecer en lo que fuimos y para nacer como otros.

Actualmente el país vive el largo plazo de los cinco años de cada elección, cuando se decreta ritualmente la execración de lo pasado y el nuevo comienzo; luego siguen los plazos medios de algunas obras y programas, y el corto plazo de exaltaciones y escándalos que se tapan unos a otros sin ninguna resolución. Así nos van conformando desde fuera las transnacionales y sus gobiernos y los organismos multinacionales y las ideologías dominantes... que sí tienen planes para nosotros. Estamos a su merced porque carecemos de memoria, memoria local, regional y nacional, memoria de nuestro proceso formativo, de nuestros logros y también de nuestros fracasos y de nuestras relaciones con el exterior.

Son las comunidades vivientes las que tienen memoria y para constituirnos como tales necesitamos de todo lo susodicho. Pero también tenemos que crear órganos de la memoria y alimentarlos, desde la casa y la escuela a las distintas asociaciones intermedias hasta el Estado en cuanto que se distingue del gobierno.

En el país hay algunas ciudades tradicionales, es decir en las que sus habitantes conservan el modo de configurar la vida cotidiana que se va transmitiendo de padres a hijos y cambia para no cambiar. Son los casos, por ejemplo, de Maracaibo o Carora. Hay también regiones en las que se prosigue un intercambio armónico entre el interior y al capital y así lo urbano se realimenta de lo campesino y hay una mutua fecundación entre lo nuevo y lo ancestral. Así es, por ejemplo, la relación entre Barquisimeto y el Estado Lara. Podrían señalarse muchos otros ejemplos que indicarían que no está todo perdido y que podemos recuperar la indispensable condición histórica. A ello además nos ayudará la renovación realmente excepcional de nuestra historiografía, elemento ciertamente secundario pero

imprescindible y en sí muy revelador de esta voluntad de asumirnos como hemos llegado a ser para relanzarnos hacia adelante.

CRECER EN PRODUCTIVIDAD

Tenemos que transitar de país rentista a país productor. Este paso es indispensable en cualquier hipótesis y en principio es aceptado por todos. Y se está dando en campos particulares. Pero en muchos otros no se da y sobreviene un deterioro galopante ya que la renta petrolera es to-

Habría que colocar en el horizonte de la colectividad la idea del Estado como uno de los órganos indispensables de la vida en común y por tanto de la solidaridad social. Y por ende lo más independiente posible del gobierno y responsable ante los ciudadanos y sus organizaciones. Para esto ayuda el que todos paguemos impuestos

talmente insuficiente. En otros el aumento de rentabilidad se obtiene por la cartelización del mercado y la sobreexplotación de la mano de obra, y no por el aumento de productividad resultado de la capacitación personal y la racionalización de los procesos productivos. La pregunta por la productividad es pertinente en todas las áreas, aunque en cada una tenga sus propios parámetros, es decir, no sólo en los sectores primario y secundario de la economía sino en los servicios, en todo tipo de servicios y en las instituciones, incluidas las artísticas y religiosas.

Pero esta dirección se verá frustrada si persisten los cortocircuitos actuales que impiden el ejercicio de la libre competencia y de la verdadera igualdad de oportunidades. Hay mucha gente capacitada y productiva que no encuentra lugar, lugares a los que otros sin esas credencia-

les acceden por vías insolidarias. También hay gente que logra producir barato, y ve con rabia y desánimo cómo las ganancias se las llevan otros. A pesar de la intensa ideologización neoliberal, somos un sociedad cartelizada. Urge, pues, extender los ámbitos de la competencia libre y el mercado abierto. Esto no se logrará sin una lucha tenaz de los compradores y el apoyo firme del Estado, ya que el mercado, dejado a sí mismo, se vuelve oligopólico.

REPOTENCIAR EL NIVEL DE LO SIMBOLICO

El mercado, como ámbito de la competencia libre, basada en la capacidad de satisfacer competitivamente necesidades y aspiraciones de la colectividad debe ocupar el puesto que le corresponde. Pero no todo debe ir al mercado. El país tiene que preservar y privilegiar el horizonte de lo simbólico, de lo sagrado, del misterio: la tierra, el ser humano y su cuerpo, la mujer como gestadora de vida, los ciudadanos y colectividades que a lo largo del tiempo han hecho posible esta vida que compartimos, Dios como fundamento sagrado de la vida y la existencia...

Una prueba de la existencia de este horizonte simbólico y de las comunidades vivas que lo animan son las fiestas. No pueden degenerar en espectáculos. Pero tampoco se pueden decretar políticamente ni promover voluntarísticamente. Por ello su existencia es un índice fehaciente de la existencia de la dimensión simbólica y la comunidad que se expresa en ella. Sin una vida cotidiana en la que la convivencia vaya más allá del intercambio de bienes y servicios, no es posible la fiesta. Por eso ella se incuba en una cotidianidad en la que la convivialidad, la complacencia mutua y la reciprocidad de dones acontecen.

Dicho de otro modo, se trata de vivir al nivel de la vida, no al ritmo de la producción-consumo. Esto sólo será posible, si existe una jerarquización adecuada en las personas y si estamos dispuestos a pagar el precio que ello exige. Hacer justicia a cada nivel de la vida exige romper

con la undimensionalidad que impone el absolutizar la producción-consumo y su-peditar a ello todo lo demás. En el esquema vigente no hay tiempo ni energías ni atención ni recursos para lo que no sea producir y consumir. No fue así en la Venezuela tradicional ni tiene que dejar de serlo para hacernos productivos. En vez de unidimensionalizarnos la alternativa es articular nuestro tiempo sin compartimentalizarlo para que los diversos aspectos se comuniquen y enriquezcan entre sí. La dicotomía entre vida hipotecada a las condiciones del mercado y tiempo libre, degrada tanto al mercado como al ocio. Sólo desde la recuperación de la dimensión sagrada (en nosotros, en los demás, en la naturaleza, en nuestras relaciones) podrá lograrse un equilibrio adecuado. No podemos olvidar que lo más valioso (como dice la canción) ni se compra ni se vende. Esto no puede limitarse a un sentimiento o a una declaración de principios. Tenemos que validar lo en las decisiones concretas, en todas.

ROBUSTECIMIENTO DEL ESTADO

Nos tenemos que abocar al robustecimiento y reestructuración del Estado. Ante todo hay que acabar con el saqueo, desmontando los aparatos corporativizados que operan al amparo de los partidos y obstruyen cualquier intento de reestructuración. También es preciso revertir la matriz de opinión, que lo socava sistemáticamente, promovida por los grandes intereses que tiene en la mira la privatización de lo público, en parte para que se transfiera a ellos, en parte porque conciben un Estado cuya función social se reduce a lo mínimo y que se centra en crear la infraestructura que posibilite el mercado y apoyar con su fuerza el cumplimiento de los contratos. Habría que colocar en el horizonte de la colectividad la idea del Estado como uno de los órganos indispensables de la vida en común y por tanto de la solidaridad social. Y por ende lo más independiente posible del gobierno y responsable ante los ciudadanos y sus organizaciones. La primera institucionalización de la solidaridad es el estado

de derecho efectivo para todos, incluidos los que no tienen poder económico o político.

Esto requiere que la ciudadanía vaya llevando el pulso de lo público, de lo político, de lo estatal. Para esto ayuda el que todos paguemos impuestos. Aunque el desempeño de lo en común no puede ser reducido a un contrato en el que cada ciudadano tenga que probar que la contra-prestación del Estado es equivalente a lo

Tenemos que pasar a un país en el que lo público sea de las mayorías, incluyendo las clases medias: desde los espacios públicos de las ciudades a los servicios públicos (el transporte, la educación, la salud...)

que él desembolsa. Los intereses privados tienen su lugar legítimo, que debe ser reconocido y que tiene que ser posible defender incluso jurídicamente. Esto es importante como meta porque actualmente el desvalimiento del ciudadano sólo queda paliado por su capacidad de influencia por su posición económica y vínculos sociales y políticos. Pero también es indispensable componer los intereses propios con los de otros colectivos y con intereses más globales. Esta es una de las misiones de la política y en concreto de los partidos políticos.

No será posible lograr un Estado con densidad y consistencia, una burocracia eficiente y responsable, si no se repiensa el papel de los partidos. Hoy los partidos son un modo de conseguir empleo, es decir de privatizar lo público. Este modo de concebir la política tiene que desaparecer para dar paso a partidos como propuestas políticas articuladas y abiertas con capacidad de gerenciarlas. Estos partidos tendrán autoridad moral para orientar la burocracia, a la vez que respetarán la solvencia técnica. Así se articulará una relación dinámica entre la sociedad, los partidos y la burocracia del Estado. El

partido no generará ya expectativas de empleos burocráticos, la burocracia estable podrá armarse en base a la meritocracia, y los partidos en el gobierno con el apoyo de la ciudadanía podrán presionarla para que tome el rumbo que marca la sociedad.

CUALIFICAR LO PÚBLICO

Actualmente existe la mentalidad de que lo público estatal es sólo para los de abajo, para los que no pueden. No es un derecho sino una benevolencia del Estado benefactor. Como ni se los estima ni se los juzga de derecho, nadie se ocupa de su calidad, empezando por los usufructuarios. Tenemos que pasar a un país en el que lo público sea de las mayorías, incluyendo las clases medias: desde los espacios públicos de las ciudades a los servicios públicos (el transporte, la educación, la salud...).

Si el país apuesta por la privatización total y jerarquizada y la limosna a los que no pueden entrar en el juego, no tendremos un país sino un mosaico de feudos enrejados y con guardias de seguridad. Si lo normal es la educación, la salud, el transporte... privados vamos en la dirección contraria de la constitución de un cuerpo social, vamos a la insolidaridad y la exclusión, y esta madre de las violencias no puede engendrar vida en común sino resentimiento y violencia y alienación en sus fautores.

Eso no significa que todo tenga que ser gratuito y que no puedan darse servicios diferenciados. Como tampoco significa que no han de consumirse con sentido de responsabilidad, para lo cual hay que establecer reglas claras para que no se pierda la correlación entre servicio y costo. Lo contrario es terriblemente deducativo e infantilizador. Pero tiene que darse una situación básica satisfactoria. Para lo cual es necesario elevar muchísimo la productividad social, aunque contamos con el privilegio petrolero que debe emplearse en esta inversión social básica. □

Pedro Trigo es miembro del Centro Gumilla.